dan á estos lugares aspecto de campo santo; aquellas cabezas remedan cráneos y calaveras, y al verlas de pronto, se estremece uno como si lo mirasen. Entre otras cosas ví una mano de mujer con los dedos rotos y un trozo del antebrazo pequeño y elegante, aislado en un extremo entre otros pedazos de mármol; y es singular: casi despierta en el ánimo un sentimiento de compasion.

Salimos sin hablar.

Es el efecto que producen las termas. La gente entra, mira, anda, gira por todas partes, en silencio, callando siempre. Pasan unos al lado de otros y no se miran: piensan, meditan, reflexionan. Se entra contento y se sale triste.

Al volver á la ciudad, creimos que penetrábamos en un mundo nuevo. Yo pensaba en el extraño efecto que me causaran entre aquellos muros el eco de ciertas palabras piamontesas. Y tenía constantemente ante la vista figuras antiguas en actitudes alegres y orgullosas, y al recordarlas en los rincones de aquellas ruinas, se me metía el corazon en un puño.

Y repetía casi maquinalmente para mí mismo:

"Todo ha pasado."

REUNION POPULAR EN EL COLISEO

HORA: las tres de la tarde. El pueblo romano se dirigía al Capitolio para elegir la Junta provisional. Todas las calles que conducen al Campo Vaccino estaban llenas de grupos de ciudadanos con bandas de música y banderas. Llegados al Campo, los grupos se confundieron en tres ó cuatro larguísimas columnas encaminándose juntas hácia el Coliseo. Iban de ocho en ocho, de diez en diez, alineados como soldados y gritando de trecho en trecho exclamaciones de entusiasmo y aplaudiendo frenéticamente.

Las galerías del Coliseo ya rebosaban de gente; cientos de pañuelos y de banderas tremolaban en los altísimos arcos y resonaba todo el interior en contínuo y difuso griterío como el mugir de mar tempestuoso. Se veía una columna de aquellos grupos entrar detrás de la otra, invadiendo el gran recinto, yendo sus individuos á rellenar de pronto los huecos que la muchedumbre dejára. Turbas de pueblo que ocupa-

ban todo el trayecto de una calle, se veían perderse como insignificantes grupos en un lado del Circo. Contínuamente afluía más pueblo, y sin embargo, no parecía aumentar la multitud. Una parte de la primera galería rebosaba gente, y aunque no distaba mucho ni superaba más allá de la mitad de la altura del muro, no se podían á la simple vista distinguir, no ya las caras, sino ni aun las personas. De la galería abajo, en todas las gradas, en todos los macizos, en todos los altos y bajos del terreno habia pueblo, mujeres, niños, caballeros, pobres, todos vestidos de fiesta con cintas tricolores, escarapelas y cocardas.

A un lado del Circo había un gran tablado sobre el cual se colocó una tribuna y alrededor muchas banderas tenidas por ciudadanos. Al pié de la tribuna y en torno al tablado, así como en las gradas próximas al palco, la gente se apretaba presentando el aspecto, mirado desde arriba, de una compacta superficie de caras y de *si* escritos en papeles adheridos á los sombreros. Delante del púlpito, se apiñó el grueso de la muchedumbre. Por todas partes veíanse brazos levantados de gentes que se hacían signos de inteligencia hasta los confines del anfiteatro; y allá en los puntos más altos de los muros todavía gentes y banderas. Las bandas tocaban y los gritos se elevaban al cielo, sereno y purísimo, resplandeciente de espléndida luz que hacía más bella y solemne la fiesta.

Hé aquí á Matías Montecchi.

En un fragoso aplauso prorumpe la multitud y en un agudo é interminable Viva!

El viejo patriota romano acompañado de los amigos, casi envuelto y oculto entre las banderas, sube á la tribuna con la cabeza descubierta y con voz conmovida dice:

—¡Pueblo romano, reivindicado á la libertad y restituido para siempre á la patria comun!...

Se interrumpe un instante, y despues exclama:

—...¡Yo te saludo!

Su última palabra muere en un sollozo, se oculta los ojos con el pañuelo y cae sentado.

La muchedumbre lanza un grito de entusiasmo tendiendo los brazos y agitando las banderas.

—¡Silencio! ¡Silencio!

Montecchi empieza á hablar de nuevo, en voz baja, é interrumpiéndose de cuando en cuando. La muchedumbre ondeando y entremezclándose, se estrecha y oprime alrededor de la tribuna. Las palabras del orador no llegan hasta mí, me hago hácia adelante para oir algo.

—...¡El poder temporal del Papa—exclama—ha caido!...

Aplausos vivísimos.

—Ha caido en el polvo—grita una voz que sale de entre la muchedumbre, y un brazo convulso se levanta y agita por encima de las cabezas.

—Ha caido para siempre—repite Montecchi...

—¡En el polvo!—insiste con acento imperioso la voz de antes.

—¡Silencio! ¡Silencio!

—La caida del poder temporal de los Papas,—pro-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

sigue Montecchi—es uno de los más grandes hechos registrados por la Historia...

Un jóven á mi lado alza una mano y grita con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Por la historia de la civilizacion!

Montecchi se vuelve, y mira como para averiguar qué es lo que han dicho, y repite:

—...Uno de los más grandes hechos registrados por la Historia...

—¡De la civilizacion!—repone el jóven.

—De la civilizacion—añade Montecchi con ademán condescendiente.—Ahora nos toca á nosotros mostrarnos dignos de nuestra fortuna. Roma no puede permanecer ni áun por pocos dias sin Gobierno...

—¡Viva Italia!

—...nuestros enemigos podrian sacar argumentos en contra de nosotros, y decir que el pueblo romano no está todavía preparado para la libertad...

—¡Viva la libertad! ¡Abajo los enemigos de Roma! ¡Viva Víctor Manuel en el Capitolio!...

—¡Viva!... pero os ruego que me dejeis continuar...

—¡Viva Montecchi!

—Gracias, gracias... pero un poco de silencio... es preciso elegir la Junta... Hubiéramos querido que el pueblo la eligiese de modo regular por papeletas, con su voto individual... Pero no hay tiempo... y hemos pensado que es mejor pedir directamente su voto en comunidad al pueblo romano...

—¡Bravo! ¡Viva!

—... al pueblo romano, facilitándole la operacion por medio de una lista de ciudadanos pertenecientes á todas las clases de la sociedad y á todos los partidos políticos...

—¡Bravísimo!

—Un momento... Ahora bien: ya comprendeis que sería imposible abrir discusion sobre cada uno de los nombres que son cuarenta y cuatro. Es preciso, pues, que os limiteis á aprobar ó rechazar la lista en su conjunto, en su totalidad. Habrá, quizá, algun nombre que no guste á alguno; pero ya comprendeis que no es posible formar una candidatura de cuarenta y tantas personas que parezcan igualmente aceptables á todos. De cualquier modo, en todo caso se podrá cambiar alguno. Terminada la lectura concederé la palabra á uno de vosotros á fin de que exponga su opinion y diga las razones que se le ocurra en general contra la propuesta de la Comision que ha formado la candidatura. Despues de que este haya hablado, entendedlo bien...

—¡Viva Víctor Ma...—grita de improviso una voz agudísima.

—¡Silencio! ¡Cállate!—le interrumpen por todas partes.

—Mira ese que no quiere que se diga *viva el Rey*,—grita el entusiasta importuno dirigiéndose á uno de sus interruptores.

—¿Pero quién te dice que yo no quiero que se diga *viva el Rey*? Digo solamente que no es ahora el momento.

—¡Ya! ¿No es el momento ahora que tenemos libertad?

—Pero ¡miren qué bárbaro!

—¡Escucha! Oye tú...

—¡Silencio! ¡Silencio!—grita Montecchi..—Concededme unos minutos de atencion... Oid: despues que cada uno de vosotros haya hablado, os propondré la votacion de la lista, en total se entiende, y entonces, comprendedlo bien, los que aprueben levantarán en alto el sombrero.

Trescientas ó cuatrocientas personas se quitan el sombrero.

—No; no ha llegado el momento—grita Montecchi—ya os lo quitareis despues; ¿cómo quereis aprobar ahora la lista que todavía no he leido?

Risa general; dicterios de todas clases lanzados por los vecinos de todos aquellos que se quitaron el sombrero; rumores prolongados.

Montecchi:—Os suplico... que guardeis... un poco de silencio... unos instantes nada más... El que apruebe la lista, cuando se lea, se quitará el sombrero; y el que niegue la aprobacion permanecerá con el sombrero puesto. Si hubiera algun nombre que deseárais cambiar, el de vosotros que quiera venir aquí á hablar lo dirá, y los nombres serán cambiados. Pero hacedme el favor de dejarme leer todos los nombres de una vez sin interrumpirme. Hablareis despues. Ya comprendeis perfectamenre que es la única manera de verificar la eleccion pronto y bien. Si por ligeros disentimientos sobre este ó aquel nombre tuviésemos

que permanecer otro dia más sin gobierno, suministraríamos pretesto á nuestros enemigos para calumniar al pueblo de Roma.

Vivos aplausos.—¡Viva la Junta! ¡Viva Montecchi! ¡Viva Víctor Manuel en el Capitolio!

—¡Viva!... Y ahora os ruego por última vez... un poco de silencio.

Uno de los que están al rededor de la tribuna alza tanto su bandera, que casi le salta un ojo á Montecchi.

—Quita allá esa bandera—le grita un vecino.

—¡Es la bandera nacional!—responde con altivez.

—Ya lo veo, ¿pero porque sea la bandera nacional vas á saltar los ojos á la gente?

—¡Mira, mira este reaccionario! ¡Será cura!

—¿Cura yo?

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio!—suena por todas partes.

—Leeré los nombres, dice Montecchi; prestad atencion, y os suplico de nuevo que no me interrumpais, para abreviar; tened paciencia.

—¡Que lea! ¡Que lea!

Un profundo silencio se establece en la multitud.

—Fulano de Tal.

Pasa en silencio; un momentáneo rumor sigue á la pausa en silencio.

—Zutano de Tal.

—Vivos aplausos, el pueblo está bien dispuesto, el asunto vá bien

—Perengano de Cual.

Una tormenta de silbidos y de gritos; una agitacion de manos; un mover de piés; un mezclarse en continuado fracaso y estrépito infernal se produce y prolonga por espacio de cinco minutos en todos lados. Montecchi cruza los brazos sobre el pecho y espera resignado que se aquiete la tempestad.

Finalmente alza una mano.

—¡Silencio! ¡Silencio!— gritan de todas partes.

—¡Señores!...—empieza Montecchi con un hilo de voz,—os pido el favor ya que las cosas han marchado bien hasta el presente, que continuemos como hemos principiado sin discutir los nombres, sin perder el tiempo, y ya hablará uno por todos; porque hablando todos juntos no se acaba nunca ni se concluye nada. Dejadme leer toda la lista, tened un poco de paciencia todavía.

—¡Bravo! ¡Bien! ¡Que lea! ¡Que lea! ¡No se discute! ¡Silencio! ¡Dejadlo leer!

Montecchi lee:—Perengano de Tal y Cual.

Otro más violento estruendo se promueve. Montecchi vuelve á cruzar los brazos en actitud de resignacion.

—¡Abajo, abajo!—gritan algunos.

—¡No, viva, viva!—responden otros.

—¿Cómo que viva? ¡Abajo! ¿Quiénes son aquellos que gritan viva? ¡Fuera! Ha pasado el tiempo. ¡Abajo, abajo!

—Montecchi:—Os ruego...

—¡Abajo los comerciantes!

Montecchi con voz apagada:—Os pido que no discutais los nombres...

—¡No se discuten, no se discuten!

—¡Vive Dios!: lo que se hace es señalar á los mercaderes que negocian en todo.

Aplausos prolongados.

—No discutan: os suplico que...

—¡Esos han dejado matar al pueblo romano!

Estrepitosos aplausos.

—... pero pido...

—¡No lo queremos!

—... un poco de silencio...

—¡No lo queremos!

Cien voces juntas:—¡Que hable uno solo, vive Cristo!

El ruido es ensordecedor, la multitud está agitadísima, algunos apostrofan con calurosas palabras á Montecchi, otros apostrofan á la muchedumbre desde las galerías, tremólanse las banderas, fórmanse grupos, apláudese á compás en son de broma, se hace ruido con piedras siguiendo el compás de los aplausos, es un estruendo del diablo.

Poco á poco vuelve la paz: Montecchi continúa leyendo. El primer nombre pasa. El tercero es acogido con largos aplausos. Ocho ó diez más no encuentran oposicion. Alguno que otro provoca un pequeño rumor... ¡Dios sea loado: se ha terminado la lista!

Vivos aplausos.

Montecchi vuelve á caer sobre la silla y se enjuga la frente.

Al estrépito sucede murmullo continuado.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Ahora ¿quién habla?

—¿Quién quiere hablar?

—Habla tú.

—¡Fulanito ha dicho que hablaría!

—No, que hable Zutano.

—¿Vamos á hablar nosotros?

—Que hablen, que hablen ellos.

—St, st, st, que están hablando.

—Al pié de la tribuna dominando un poco las masas se alza una cabeza y se extiende un brazo.

—Silencio, silencio.

Reina un silêncio general y se escucha una voz incierta y sutil.

—¡Ciudadanos!: tomo la palabra en un momento solemne...

Un rumor inesperado que nace de un lado del anfiteatro cubre la voz del orador.

—... tomo la palabra en un momento solemne...

Uno que está cerca le interrumpe; el orador se vuelve:—¿En nombre de quién habla?

Sigue una granizada de dicterios entre el orador y el interruptor; Montecchi interviene, el orador vuelve hacer uso de la palabra.

—¡Más fuerte, que no se oye!

—Suba aquí—le dicen los miembros de la Comision;—venga á la tribuna, se hará oir mejor.

Y todos los que hay cerca empujan al orador, y que quieras que no, lo llevan hasta la tribuna. Al fin, subido en los hombros, y cogiéndose á un baston y luego á las manos de los de la Comision, trepa hasta

el palco y ocupa la tribuna. Es un jóven de veinticinco años, alto, pálido. Lleva la cabeza vendada. Ha sido herido por los zuavos en el Capitolio; la muchedumbre lo acoge con un aplauso general.

—¡Silencio!

Ya habla.

Al principio no se oye; pero su voz poco á poco adquiere volúmen y vigor, y la palabra sale vibrante y clara.

—.....¡Bien hicieron los egregios individuos de la Comision en reunirse en este antiguo y augusto recinto! Han demostrado con esto, que de hoy más, los intereses del pueblo no se abandonarán á las intrigas cortesanas, sino que serán discutidos y defendidos á la luz del sol en medio del pueblo, por el pueblo y para el pueblo!!

Aplausos atronadores.

Una voz:—¡Canta claro!

Otra voz:—¡No, ya se conoce que no tiene miedo!

Voz tercera:—¡Así es como hay que hablar!

Prosigue el orador:—.....En este recinto que el tiempo ha corroido, pero no destruido; entre estos muros ennegrecidos por los siglos.....

Violentas interrupciones;—¡A la cuestion, á la cuestion!

El orador levanta la mirada y los brazos al cielo:

—.....Veo los arcos del coliseo poblarse de misteriosos fantasmas.....

Nuevas y más violentas muestras de desaprobacion y de protesta.

—¡Al grano!

—¡No queremos sermones!

—¡Los sermones se han acabado!

—¡No necesitamos lecciones!

El orador continúa hablando; pero su voz acaba por ser sofocada en el estrépito de la muchedumbre.

Una voz estentórea se alza sobre todas las que hienden los aires y hace volver la cara á todo el mundo.

—¡La cosa es clara! ¡La lista no nos gusta! ¡No queremos liberales del momento! ¡No queremos liberales de ocasion!...

Cada frase ha sido recibida por un aplauso general.

—....¡Queremos gente probada, patriotas verdaderos, en cuyas vidas se vea claro!

Continúan los aplausos en la misma forma.

—¡No queremos *mercachifles!*

Tercera salva de aplausos.

—Vé á hablar tú.

—¡Que suba á la tribuna!

—¡Haz valer nuestras razones!

—¡Que vaya!

—¡Pronto!

—¡Arriba!

El afortunado orador solicitado é impulsado por todas partes, llamado por Montecchi, excitado por los gritos de la gente que está lejos, se abre paso entre las masas que se mueven de acá y allá culebreando para estrechar más y más el círculo alrededor de la

tribuna. Yo me dejo ir en una de estas corrientes, me abandono á ella por no poderla resistir, y á los pocos minutos, en vez de encontrarme más cerca del palco, me encuentro sudando, jadeante y desabrochado fuera del Coliseo. Hé ahí, pues, todo lo que ví y oí.

Estuve un momento incierto entre si debía volver dentro ó marcharme, y adopté un partido medio entre los dos. Subí á un alto del terreno al lado del arco de Constantino, y como decía mi amigo Arbib, *me puse á hacer poesía inútil*, mirando al Coliseo.

Los gritos de siempre, pensaba; la habitual confusion, la acostumbrada comedia de las reuniones populares. ¿Pero qué importa lo que allí se haga y lo que allí se acuerde? Son gritos de libertad y basta para que al escucharlos desde aquí y á oirlos salir desde el Coliseo, despierten en mi alma nueva alegría, inefable, superior á todos los goces y á todos los placeres que ha experimentado hasta el día causados por el amor pátrio.—¡Viva el Rey!—¡Viva la libertad!—¡Viva el ejército!—...¡en el Coliseo! ¡en este campo, entre estos arcos!

...—Bonghi, dice, que aquí nos sentiremos pequeños. ¿Por qué? Pequeño se reconocerá el que pudiera medirse ó compararse con el que fué grande. Nosotros no venimos aquí á medirnos, sino á inspirarnos, á buscar fuerza y valor, á meditar y á admirar. ¡El Coliseo!—He oido preguntar:—¿Qué puede decir el Coliseo? ¿Os narrará las glorias de los gladiadores y el suplicio de los cristianos? Y yo respondo:—Sí...

En aquel instante tambien me interrumpieron á mí

mi discurso, el discurso que para mí mismo iba á pronunciar sobre el Coliseo. Resonaban interminables vivas y las bandas de música no cesaban de tocar. Y hé aquí cómo se cambia mi discurso.

—...Sí; ahí está lo que me dice el Coliseo. Me dice que donde los hombres esclavos eran despedazados para proporcionar solaz á un tirano, se reunen ahora ciudadanos libres para saludar á un Rey electo, querido y amado; me dice que donde perecieron en la oscuridad, ó enmedio de las llamas los apóstoles de la fraternidad y de la igualdad, vienen ahora los hombres libres é iguales á ejercitar sus derechos y á cumplir sus deberes, alegres, contentos, serenos y satisfechos. ¿Y os parece poco esto? ¿Y se podrá ahora decir que el Coliseo es mudo y nada dice?

Otro estrepitoso fracaso de músicas y exclamaciones volvió á interrumpir mi peroracion.

Despues llegó á mis oidos una voz penetrante:—¡Viva la libertad!

—¡Ah! exclamé vuelto al Coliseo como si me pudiera oir;—consuélate, viejo jigante; tan ruinoso y truncado como estás por algunas partes, jamás fuiste tan bello ni tan grande en los tiempos de los Emperadores!

¡En aquel momento caía el sol de lleno dentro de todo el Circo, y por entre arco y arco se veía un mar de banderas!

LA INSTRUCCION DE LA MUJER

ANÉCDOTA

Hace algun tiempo que un periodista ingenioso y docto declaró públicamente que prefería las mujeres que escriben *beso* con *v* á las que lo escriben con *b*; y aquellas que toman á *Polonia* por el nombre de una mujer á las que saben que Polonia es un país.

Leyendo el agudo artículo en el cual se proponía demostrar el aludido periodista la razon de sus preferencias, recordé una escena ocurrida á cierto amigo mio, de la cual me parece que se puede sacar alguna enseñanza acerca de la cuestion de *Polonia* y del *beso*.